

## DISCURSO

PARA EL DÍA 21 DE MAYO.

### HISTORIA DEL CULTO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

#### PLAN.

**PUNTO PRIMERO.**—Culto de María desde los primeros siglos.

SUBDIVISIONES.—1. Antiguos testimonios, anteriores al cristianismo.—2. Primeros siglos de la Iglesia.—3. Testimonios de los Padres.

**PUNTO SEGUNDO.**—Culto de María en la Edad Media.

SUBDIVISIONES.—1. Entre los diversos pueblos.—2. En Francia.—3. En los siglos XII y XIII.

**PUNTO TERCERO.**—Culto de María en los tiempos modernos.

SUBDIVISIONES.—1. Mes de María.—2. Archicofradía.—3. Peregrinaciones.

*Beatam me dicent omnes generationes.*  
Todas las generaciones me llamarán  
bienaventurada.

(Luc., II, 48.)

¿QUÉ voz es esa que se gloria de una felicidad cuya memoria deban conservar los siglos venideros? ¿Quién es esa mujer, que cree poder dominar la incertidumbre del porvenir? ¿Olvida acaso que la vida tiene dos puertas, una por donde se entra, entreabierta por la ilusión, la esperanza y la alegría, otra por donde se sale, cuyo cancel guardan frecuentemente el remordimiento, la decepción y la desgracia? Y aun cuando la copa de la existencia estuviese para ella exenta de hiel y de ageno, ¿quién puede asegurarla que su nombre salvará las injurias del tiempo? La historia, que registra cuidadosamente en sus fastos los trágicos dolores y los sangrientos infortunios, enmudece respecto á las dichas ignoradas que se marchitan á la sombra del olvido: *¡Beatam me dicent omnes generationes!* ¡Estraña expresión que lanza un desafío al porvenir! ¿Quién ha podido pronunciarla? ¿Es, por ventura, una joven princesa, á cuyo derredor todo sonríe, y que ve anticiparse á sus menores deseos una turba de oficiosos cortesanos? ¿Es una poderosa reina, ante cuyo cetro de mujer ve inclinar sus frentes á los pueblos más indomables? ¿Es una madre que, en un éxtasis de amor, contempla á su hijo coronado por la gloria, y cuyo corazón

se siente embriagado por el orgullo de la satisfacción? ¡Oh! Nó: es una pobre mujer de la Judea, que une su suerte á la de un artesano; su vida se desliza ignorada y oscura en un humilde albergue; desciende de una raza despreciada del pueblo-rey; y si alguna mirada se detiene sobre ella, es una mirada de compasión, excitada por su indigencia y su esterilidad. Cierta que un día será madre; pero su Hijo será el blanco de las burlas del pueblo; la mofa agotará contra él sus más envenenados dardos; la negra calumnia le perseguirá donde quiera; y el óprobio de su vida sólo será comparable á la ignominia de su muerte. Y, sin embargo, esa misma Madre es quien exclama: «¡Todas las generaciones me llamarán bienaventurada!...» ¡Ah! Si necesario fuese añadir un nuevo florón á esa auréola de pruebas que viene demostrando la divinidad del Cristianismo, yo me apoderaría de esa expresión magnífica; puesto que esa profecía tan extraña, y aún me atreveré á decir absurda, en el orden natural de los acontecimientos, ha obtenido el más feliz cumplimiento en la persona de María. Sí, M. A. O.: las generaciones todas han celebrado su bienandanza, su gloria y su poder. Todos los siglos han invocado su nombre. Todos los países la han levantado un altar junto al altar de su Hijo; y el universo católico se ha colocado bajo la égida de su maternidad.

La previsión de María se ha realizado en los primitivos siglos de la Iglesia; se ha realizado en la Edad Media, y ha continuado realizándose en los siglos modernos. Hé aquí la verdad que me propongo desenvolver. No temo cansar vuestra indulgente atención con una larga exposición de hechos. Vuestra piedad ingeniosa sabrá hallar un alimento en los ejemplos de lo pasado, y vuestro afecto filial hacia María se regocijará al ver que todas las edades y todas las regiones han pagado su tributo de amor y reconocimiento á la Madre del Salvador.

AVE MARÍA.

#### PUNTO PRIMERO.

CULTO DE MARÍA EN LOS PRIMEROS SIGLOS.

Sin temor de que se me acusase de exageración ó paradoja, pudiera yo consignar que el culto de María fué anterior á su nacimiento. En efecto, tan luego como se verifica la caída de nuestros primeros padres, el Señor, mitigando el decreto del castigo con las dulzuras de la esperanza, predice que una mujer aplastará la cabeza de la serpiente seductora. Desde entonces las generaciones alimentáronse con esta idea consoladora, y no cesaron de formar los más ardientes votos por la venida de aquella criatura privilegiada, llamada á reparar la falta de la primera mujer. ¿No es ésto un verdadero culto, el culto de la

esperanza y de la Expectación? Los Profetas le fomentan con sus místicas revelaciones. «Una Virgen concebirá, dice Isaías, y dará á luz un Hijo cuyo nombre sera Emmanuel; este niño, dado milagrosamente á la tierra, será un vástago de la vara de Jessé y una flor que brotará de su raíz.» El sublime David entrevé su nacimiento tan puro como el rocío de la aurora, y el trono de gloria que Jehová la reserva á su diestra. Salomón, bajo el trasparente velo de la alegoría, nos la muestra más bella que las tiendas de Cedar. Sus labios destilan miel; es su andar majestuoso como el humo de los perfumes; es una azucena entre espinas: es el astro de la noche cuya órbita platean los pálidos rayos del sol.

La misma antigüedad pagana ha tributado un culto involuntario á aquella que un día debía echar por tierra los altares del politeísmo. En el fondo de todas las teogonías encuéntrase la tradición de una Virgen-Madre. Las influencias combinadas de la ignorancia y de las pasiones han sido impotentes para evitar que esta verdad, siquiera muy desfigurada, sobrenadase á través de mil errores. Así que, Zoroastro anunció á los Magos que el Mesías sería concebido por una Virgen. Los brahmas enseñaban que cuando un dios se encarna, es por medio de una operación divina que le hace nacer del seno de una Virgen. En un antiguo templo drúida de Chartres se encontró una estatua con esta inscripción: «A la Virgen que ha de parir...» *Virginí paritura*. Otros pueblos, traduciendo el porvenir en lo pasado, sustitúan la mentira del recuerdo á la realidad de la expectación. Los egipcios adoraban la virginidad maternal de Isis, y los chinos la de Shing-Mon. Los lamas refieren que Buddha nació de la virgen Maha-Mahi; y los japoneses, que Foé se encarnó en un seno virginal. Los salvajes del Paraguay creían que una Virgen había dado á luz un Dios Salvador, que después de haber asombrado al mundo con sus prodigios, se había remontado triunfante á los cielos.

Convengo, M. A. O., en que ésto no era un culto completo y perfecto; empero preciso es confesar que en el fondo de esas creencias extravagantes y de esos informes conceptos, se halla un homenaje involuntario dirigido indirectamente á María. Dejemos, no obstante, á un lado esos testimonios de la antigüedad profana, para ocuparnos únicamente de los tiempos posteriores á la Cruz. Pasemos también en silencio la tierna veneración que los Apóstoles profesaron á la Madre de su divino Maestro, y el dulce afecto del discípulo amado, á quien el agonizante Salvador dejara en legado el amor de una Madre. Cierta que hasta después de morir María no se inauguró ese culto admirable que debía atravesar todos los siglos, iluminándolos con su resplandor. En la gruta sepulcral de Gethsemaní, al decir de una tradición judía, se erigió el primer oratorio de la Virgen, y de allí arrancaron las primeras plegarias dirigidas á la Reina de los Cielos. Bien pronto la Grecia se apresuró á purificar sus templos con la imagen de María: y la diosa de la Fortuna hubo de ceder su sitio sobre el altar de los Lares á la que entonces era denominada *Toda Santa*. La Ita-

lia, menos feliz, vióse por mucho tiempo obligada á ocultar su fervor bajo las bóvedas de las Catacumbas, porque las hogueras y los tigres no tardaban en hacer justicia á los que osaban hacer patente su fe; las nobles romanas contentábanse entonces con colocar la pequeña estatua de María en lo más reservado de sus ginéceos, ó con llevar su imagen grabada en un precioso camafeo. Mas cuando la Cruz hubo brillado triunfante en el lábaro imperial, las opulentas ciudades levantaron á María capillas de mármol y pórfido, mientras en los campos se alzaban rústicos altares, ó humildes columnas de yedra se entrelazaban en las bóvedas de pámpanos y jazmines.

A contar desde esta época, un armonioso concierto de voces eloquentes celebra donde quiera las alabanzas de María. Escuchad á los Padres de la Iglesia, ensalzando á porfía su poder y sus privilegios. «Salud, Madre de Dios, venerable tesoro del universo, antorcha brillante cuya luz no se extinguirá jamás. Vos sois la corona de la virginidad, el cetro de la ciencia y el templo de la verdad.—En vos, oh María, tuvieron feliz cumplimiento todas las promesas y los juramentos todos que Dios hiciera á nuestros antepasados, porque en vos y por vos brotó el suspirado Emmanuel. Prefigurada fuisteis en la zarza que ardía sin consumirse, en la árida roca de donde Moisés hizo brotar un abundante manantial. Si Moisés permaneció tanto tiempo sobre la cima de la montaña, fué para ser instruido acerca de todos los Misterios que os concernían. El os representa también en aquella arca que construyó por orden de Dios para guardar las tablas de la ley bajo las alas de los querubines; viva imagen vuestra, oh Madre de Dios, que habéis concebido y dado á luz tan prodigiosamente á Aquel que es esencialmente incorruptible.—Rodeada estáis de un resplandor que excede al de los rayos del sol; coronada con más honores que los querubines; y vuestras luces eclipsan á las de los más puros espíritus. Más santa que los serafines, veis debajo de vos á los celestes ejércitos. Vos fuisteis la única esperanza de nuestros padres, la gloria de los profetas, el honor de los mártires y el gozo de los bienaventurados.—En vuestras castísimas entrañas llevásteis al Criador de Cielo y tierra; cubristeis de besos maternales sus labios, teñidos aún con vuestra leche virginal, y aunque era vuestro Señor y vuestro Dueño, vísteisle débil y niño seguir vuestros pasos.—Por vos, oh María, la paz del Cielo descendió á la tierra, reinó la caridad, y los hombres han venido á ser émulos de los Angeles.—Todas las gerarquías os bendicen; y nosotros, que no somos más que hijos de la tierra, nos atrevemos á invocaros, diciendo: «¡Oh María, llena de gracia, rogad por nosotros.»—Tal es el sublime lenguaje de los Atanasios, Jerónimos, Efrenes, Metodios, Epifanios y Cirilos, esforzándose en exceder á las alabanzas que en los siglos precedentes dirigieran á María los Justinos, Ireneos, Tertulianos y Orígenes.

María había compartido en la tierra los dolores y sufrimientos de su Hijo, para participar de su gloria en el Cielo. Su suerte debía estar constantemente asociada á la de Jesús, y por consiguiente, su nombre,

como el del Salvador, debía ser mancillado con las blasfemias de la herejía, para salir después más brillante y depurado. Nestorio fué el primero que se atrevió á atentar contra la gloria de María, negando su divina maternidad. Al escuchar tan inaudita blasfemia, el mundo católico lanza un prolongado grito de alarma, y todos los espíritus se sienten inflamados de justa indignación. Se procura al principio, por las vías de conciliación, hacer cesar el escándalo de aquella monstruosa herejía; pero el audaz patriarca de la ciudad imperial sostiene obstinadamente su error. Entonces doscientos venerables Prelados, llegados de todas las regiones, forman en Éfeso un majestuoso Concilio; y después de exponer la constante creencia de la Iglesia acerca de este insigne privilegio de María, lanzan los rayos del anatema sobre el impío novador. Era la mitad de la noche cuando este decreto se comunicó al pueblo, que esperaba impaciente el momento de celebrar el triunfo de la Virgen-Madre. Entonces la ciudad entera se entregó á todas las manifestaciones de la más viva alegría; en todos los labios resonaba el nombre de María, bien así como su amor moraba en todos los corazones; la luz de numerosas antorchas alumbraba los pasos de los venerables defensores de la fe; por todas partes ardían hogueras; olorosos perfumes embalsamaban el ambiente; los corazones de los fieles hallábanse embriagados de júbilo... Eran los hijos de una Madre ultrajada cuyo honor acababa de ser vengado.

## PUNTO SEGUNDO.

### CULTO DE MARÍA EN LA EDAD MEDIA.

Para llenar toda la extensión de nuestro plan, preciso nos sería dirigir sucesivamente nuestras miradas á todos los puntos del globo. Veríamos al anglo-sajon elevar á María capillas de paja larga, que recuerdan el pesebre de Belén. Veríamos á la Hungría declararse feudataria de María, y los príncipes palatinos doblar la rodilla al oír su nombre. La Polonia nos mostraría la imagen de la Virgen sobre aquel glorioso estandarte que sabía encadenar la victoria. La Dinamarca haría brillar á nuestros ojos el heroico broquel de Valdemaro, sobre el que resplandecía la imagen de la Reina del Cielo. La Noruega nos manifestaría la estatua del dios Thor, mutilada por regias manos, para hacer lugar á la estatua de María. La Grecia ostentaría las coronas de oro, las diademas de rubíes, los mantos de púrpura con que adornaba sus Madonas. El Oriente deslumbraría nuestra vista con la suntuosidad de sus inmensas basílicas consagradas á María. Pero la multitud de estos cuadros fatigaría indudablemente vuestra atención; y por otra parte, hay un país digno de atraer nuestras miradas,

á saber, Francia, en donde con razón podemos enorgullecernos de ver prodigados á la Madre de Dios los más sublimes honores.

Lentamente se popularizó en las Galias el culto de María. Frente á frente hallábanse el politeísmo romano, impuesto por la espada del vencedor, y el paganismo druídico, que á través de largos siglos habíase arraigado hondamente en todos los espíritus. No tardó el cristianismo en triunfar del primero: pero, respecto al segundo, la lucha fué larga, difícil, obstinada. Los celosos misioneros, venidos á evangelizar estas regiones, viendo que no podían echar por tierra los monumentos del druidismo, recurrieron á una ingeniosa transacción; los santificaron, imprimiéndoles el sello del catolicismo. Para poder llegar á bautizar los hombres, bautizaron primero los monumentos. El arrogante *Mem-Hir*, consagrado á Teutates, vino á ser el gigantesco pedestal de una cruz de piedra; el sombrío *Dolmen*, empapado aún en sangre humana, se transformó en una gruta de anacoreta. Abrigáronse las Madonas en los huecos de las viejas encinas, cuyos sagrados tallos no volvieron á caer bajo la hoz de oro; y la imagen de María santificó el manantial de las fuentes que venían siendo de tiempo inmemorial un objeto de peregrinación. Así es como los galos pasaron insensiblemente de un culto á otro, conservando, no obstante, los monumentos, las costumbres y los usos á que estaban tan profundamente adheridos.

La invasión de las hordas germánicas suspendió momentáneamente en las Galias los progresos del catolicismo. Pero cuando el fiero Sicambro hubo doblado su frente bajo la mano del Pontífice, y el vencedor fué convertido por el vencido, el culto de María brotó de entre las ruinas y suavizó el salvajismo de los Bárbaros. Sin embargo, sólo bajo la dinastía Carlovingiana llegó á adquirir grandes proporciones. ¿Y cómo pudiera no amar aquel pueblo tan tierna devoción, al ver á sus príncipes dar el más sublime ejemplo de ella; al contemplar á Pipino humildemente arrodillado ante las modestas capillas de Nuestra Señora, levantadas en los bosques por la industriosa mano de los ermitaños; al ver á Carlo-Magno llevar consigo á la tumba la imagen de María, como el más precioso objeto de su veneración; al ver, en fin, á Carlos el Calvo invocar á la Virgen en medio de los combates?

En el reinado de este príncipe se celebró por primera vez en Francia la fiesta de la Inmaculada Concepción, que acababa de instituirse en Oriente. Porque esta festividad no se remonte á los primeros siglos del cristianismo, como la Anunciación, Purificación, Asunción, y otras, no debe deducirse que la Inmaculada Concepción no date de la Iglesia primitiva. Los que han defendido este error, no recordaban indudablemente estas palabras del Apóstol San Andrés: «Al modo que el primer Adán fué formado de la tierra antes de que fuese maldecida, así el segundo Adán fué formado de una tierra virgen, sobre la que jamás recayó la maldición.» Olvidaban que San Cipriano había dicho: «Existe una gran diferencia entre la Virgen y los demás morta-